

Cerca del fin

Mientras pensaba en cambiar la lámpara de su habitación, que ese día había comenzado a parpadear con incesante frecuencia, Mateo se prometió a sí mismo que solamente se conectaría a Internet para revisar su correo electrónico.

Ya ni él mismo creía en esa promesa y sabía interiormente que, al comprobar que no había recibido ningún mensaje de trabajo, su estado de ánimo acabaría por empujarlo a navegar sin destino cierto por la red hasta consumir los pocos pulsos que le quedaban de crédito en su cuenta telefónica.

Afuera, en la noche que comenzaba a reinar sobre las calles de Colegiales, el viento entonaba con vehemencia sus lúgubres himnos.

Pero el solo hecho de escuchar el ruido de la conexión a Internet renovó su esperanza de recibir alguna oferta laboral, algo que le levantara el ánimo, le ayudara a solventar los gastos de su vivienda, su primer alquiler independiente y, por sobre todas las cosas, le permitiera recuperar su credibilidad e imagen ante Laura.

Mientras activaba la descarga de mensajes, subió el volumen de los parlantes para que la potencia de ese rock aturdiere sus sentidos y observó, entre la intermitencia de la luz y el resplandor del monitor, el póster del Che que había recibido de Laura como regalo de cumpleaños y que lograba envolverlo, una vez más, en dosis de coraje para afrontar el mañana, pero también en nostalgia porque era un recuerdo de los tiempos en que Laura creía en él, cuando aún le soportaba su creciente inestabilidad laboral.

Ella sí había hecho todos los deberes que esperaba la sociedad para una carrera exitosa: había tenido buenas notas en el colegio y también se destacaba en la universidad, donde trabajaba como Ayudante de cátedra en una materia de Psicología.

Pero él, pese a que alguna vez se había sentido responsable de perder su puesto de trabajo como periodista por no estar de acuerdo con la línea editorial del diario, ahora, de la mano de la necesidad, estaba dispuesto a manejar sus opiniones con mayor sentido de la oportunidad.

Repentinamente hizo sonar sus dedos con brusquedad, como para romper el maleficio y soportar la adrenalina de la espera.

Uno a uno, mensaje a mensaje, Mateo fue sumergiéndose en textos de propagandas inútiles, falsas cadenas de correo y chicas que ofrecían sus encantos a cambio de los de American Express.

Estaba a punto de borrar, con bronca y resignación, todos los mensajes, cuando advirtió, entre ellos, uno que despertó su atención.

Estaba en inglés. Los idiomas extranjeros no eran su fuerte, ya que en la escuela estatal donde había cursado sus estudios no había lugar para esos lujos. Sin embargo, gracias a los discos de rock de sus grupos preferidos, podía llegar a comprender la idea de un texto no muy complejo.

Por lo que llegaba a entender Mateo en sus precarios intentos, el mensaje comenzaba diciendo que lo escribía un ex empleado de la NASA que había descubierto una verdad terrible para la humanidad. Agregaba que el gobierno de Estados Unidos estaba ocultando un informe científico que reportaba la presencia de algo, aún no identificado, que entraría, por su dirección y tamaño, en colisión con la Tierra en las próximas horas.

Mateo continuó leyendo el mensaje, intentando adivinar cuál sería el remate gracioso de la historia, donde siempre al final del texto se revela algún detalle hilarante. Pero, pese a que la idea de destrucción de la humanidad ya era bastante disparatada, para su sorpresa, el mensaje finalizaba en un tono muy serio señalando el peligro que corría el autor al divulgar esta noticia. También decía que lo hacía con el objeto de alertar a la población mundial de la catástrofe por venir, mientras suplicaba su propagación por todos los medios de comunicación posible.

Sonrió por un momento, volvió a contemplar el mensaje y, antes de borrarlo, agradeció al

remitante haberle distraído por unos segundos de sus preocupaciones inmediatas.

Mientras desde el parlante brotaba una canción que invitaba a visitar “la esquina del infinito”, tomó la fuerza de decisión suficiente para cortar la comunicación y recostarse en su cama a reflexionar sobre cómo seducir a su esquiva suerte.

Al volver a abrir sus ojos, se dio cuenta de que la música ya no estaba sonando, por lo que asumió haber dormido un buen rato. Pensó que un café bien cargado le sentaría bien y se acercó a la pequeña cocina que completaba el viejo departamento.

Pasó varios minutos batiendo el café instantáneo, con la mirada perdida en la generosa vista hacia el sur de la ciudad que le brindaba la pequeña ventana de su ambiente. Cuando había visitado el departamento por primera vez, tentado por el exiguo precio del alquiler y por el hecho de ser un piso bastante alto para la zona de Colegiales, inmediatamente había quedado seducido por la vista panorámica que se le ofrecía y que antes le reconfortaba contemplar junto a Laura, pero que ahora lo sumía en desazón y en sensaciones que lo inquietaban.

El sonido del teléfono interrumpió bruscamente el hechizo y precipitó a Mateo a la tarea de rastrear el aparato entre los numerosos libros y apuntes que aún no había logrado ubicar.

Al atender, reconoció la alegre voz de Lucas:

–Hola, ¿cómo va todo por ahí?

–...Bien. –contestó Mateo forzando el tono para que sonara lo mejor posible.

Lucas, que conocía bien a su amigo, sabía qué podía significar ese modo de respuesta, pero trató de continuar con su plan:

–Che, Mateo, te quería invitar a que te vengas a cenar, dentro de un rato, a casa, así escuchamos música y charlamos un poco, que hace mucho que no nos vemos.

–¿Te parece? –dudó Mateo– Eh ..., no sé, por tu hermana, yo no la quiero incomodar.

–Pero, dale, no te des “manija”, Laura se alegró de que te invitara–insistió Lucas.

Mateo dudó un instante, observó el disco de Pink Floyd que tenía en sus manos y que lo tentaba de sumergirse en una noche más de oscura melancolía. Pero la idea de ver a Laura, al menos un instante y poder enterarse de cómo estaba, si lo extrañaba o si asomaba la presencia de alguien más en su vida, fue suficiente incentivo como para que se decidiera:

–Sí, tenés razón..., en un rato estoy ahí.

Instintivamente, hizo sonar los dedos de sus manos y tomó su campera, dispuesto a salir.

Conocía de memoria el trayecto de siete cuadras que lo separaba de la casa de Lucas, pero eso no evitaba el crecimiento de su pena por el deterioro progresivo que había sufrido el barrio en los últimos años aunque, para él, continuaba siendo un refugio representativo de lo que significaba el verdadero Buenos Aires.

Con una sonrisa, Mateo recordó que una de las cosas que Laura siempre le elogiaba era lo buen observador que era. Ya en la época en que él trabajaba en el centro de la ciudad, pasaba buena parte de su trayecto diario en el subte contemplando los rostros de la gente, tratando de intuir el porqué de sus ceños fruncidos, de sus dientes apretados o de sus gestos adustos.

Cuando los observaba, Mateo siempre pensaba que él no iba a dejar que las circunstancias laborales o económicas le secuestraran su estado de ánimo, pero ahora veía que la fortaleza de su espíritu parecía tornarse efímera.

Al llegar a la puerta de la coqueta casa donde vivían Lucas y Laura desde que habían venido estudiar a Buenos Aires, le pareció escuchar los acordes de una vieja canción pasada de moda.

Como para no darle tiempo a pensar demasiadas hipótesis, Laura abrió la puerta y lo invitó, con una sonrisa, a pasar. Los oscuros ojos de Mateo se iluminaron al contemplar ese rostro de raíces árabes rodeado de una abundante cabellera ondulada y morena, pero permanecieron así solo los segundos suficientes como para sentir en su mejilla el formal saludo de Laura.

Del fondo del comedor, asomó Lucas exclamando:

–¡Vamos, gente, que ya llegó la pizza!

La cena transcurrió entre comentarios de música y deportes. Los tres evitaron discurrir en temas laborales que desembocaran en la resurrección de viejos conflictos sentimentales.

Al promediar la comida, Laura acercó su mano a la de Mateo, sobresaltándolo, mientras le preguntaba:

–¿No sabés qué temperatura hace? ¡Yo siento unos “chuchos” de frío por toda la espalda!

–Eh..., la verdad, no tengo idea, me dejaste helado, –sonrió Mateo, tratando de teñir de simpatía su nostalgia sobre la espalda de Laura–. Mejor me fijo en la tele, ¿sí?

Mateo atinó a tomar el control remoto y empezó a buscar algún canal que indicara la temperatura, ya que también su cuerpo había percibido el brusco descenso.

Con sorpresa, notó que la mayoría de los canales emitía las mismas imágenes, donde se veía el primer plano del conocido rostro del presidente de los Estados Unidos. Mateo solía decir que, a su juicio, no existiría ser en el planeta que, luego de las últimas intervenciones militares norteamericanas en distintos puntos de la Tierra, no sintiera escalofrío al ver ese gélido semblante.

Pero lo que más llamó su atención y la del resto de los presentes, fueron los enormes titulares de “URGENTE” que acompañaban dichas imágenes.

–Che, dale volumen al televisor, a ver qué se le ocurrió a este demente –solicitó Lucas con sorna.

Progresivamente, Mateo fue aumentando el sonido del aparato, comenzando a escucharse la voz del traductor:

–”Por lo tanto, nuestros más prestigiosos científicos están trabajando día y noche, redoblando sus esfuerzos, en la búsqueda de alguna solución que le permita a la humanidad sostener sus esperanzas. Hemos tratado, como principal potencia mundial, de mantener en reserva el tema hasta tener un análisis definitivo de la situación, pero lamentablemente, la información se ha filtrado a los medios de comunicación, lo que ha provocado que tenga que dar este discurso a la población mundial. No aceptaré preguntas y por el momento no tengo más comentarios que realizar.”

Los tres se miraron, sin comprender mucho, hasta que Lucas se animó a preguntar:

–¿Qué es eso de “sostener las esperanzas de la humanidad”?

–Si las esperanzas dependen de este tipo, estamos listos hace rato –expresó Laura con su gracia acostumbrada.

–No, paren. –dijo Mateo, sombrío– Me parece que el tema va en serio.

Ante el silencio intrigado de Laura y Lucas, continuó:

–Antes de venir para acá, estaba revisando el correo electrónico, por si llegaba alguna propuesta laboral –sus ojos inmediatamente se cruzaron, incómodos, con los de Laura, pero se sobrepuso y detalló el contenido del llamativo mensaje que había recibido.

–Yo lo tomé como la broma de algún loco. –Aseguró Mateo– Por eso, no le di mucha importancia.

Repentinamente, el frío silencio de miradas vacilantes se apoderó de la habitación, hasta que Lucas, llevando ambas manos a su cabeza, exclamó:

–A ver si yo entendí bien, ¿quiere decir que son nuestras últimas horas, que el planeta se destruirá?

Nadie se atrevió a contestar su pregunta.

El ruido de las sirenas en el televisor los devolvió bruscamente a la nueva realidad. La pantalla mostraba imágenes de gente que en las principales ciudades del mundo salía a las calles presa del pánico.

Laura, como buena estudiante de psicología, les comentó sobre las diversas conductas que podía llegar a manifestar la gente ante situaciones límites.

Los tres observaban azorados, imágenes “en vivo” de gente que se arrojaba de edificios, mientras se informaba de la creciente ola de suicidios que azotaba a la población desde que había finalizado el discurso del presidente que confirmaba el rumor difundido por Internet.

Pronto, el silencio habitual del barrio se alteró con ruidos de disparos, sonidos de cristales rotos y el incesante ulular de las sirenas, mientras un cartel en el televisor solicitaba a la población no salir de sus casas y mantener la calma.

Instintivamente, Laura se aferró a Mateo con desesperación mientras, entre llantos, exclamaba:

–¡No puede ser! No podemos hacer nada, eso es lo peor de esta pesadilla.

–Tratemos de mantener la calma hasta que pensemos en algo –sugirió Lucas confundido, pero tratando de asumir su responsabilidad de hermano de Laura.

De pronto, Mateo se apartó de Laura y exclamó con decisión:

–¡Esperen! Hay formas y formas de pasar estas horas que nos quedan. No nos vamos a entregar así nomás, ¿no?

Laura y Lucas lo observaron con sorpresa. Hasta Mateo mismo se sobresaltó de comprobar el inesperado renacer de un espíritu de lucha que creía perdido para siempre.

Al sentirse responsable de haberle infundido a Laura un nuevo brillo en sus ojos verdes, Mateo juntó fuerzas para continuar:

–Mi instinto de periodista no me permitiría nunca abandonar el escenario principal de un conflicto, más cuando parece que ni locutor queda en la tele. Si queremos saber que está pasando y qué esta a nuestro alcance, tenemos que ir a ver. ¿Quién viene conmigo?

Ambos hermanos se miraron mutuamente. Luego Lucas, mientras se revolvía su pelo corto con ambas manos, tomó la palabra:

–Mirá, Mateo, desde que nosotros llegamos a Buenos Aires y a vos te pasó lo de tus viejos, nos venimos apoyando y sosteniendo entre los tres. En estos cinco años pasamos momentos únicos, buenos y no tanto, pero siempre juntos... –Lucas hizo una pausa que parecía eterna y miró a los ojos de Laura, que asentían, para continuar:— no nos vamos a abandonar ahora.

Mateo y Lucas se estrecharon en un fuerte abrazo, de esos reservados a momentos especiales y que siempre servían como infusiones de ánimo.

–¿Qué escenarios habrá en las calles? ¿Necesitaremos llevar algo? –preguntó Laura temerosa.

Lucas, rápidamente, tomó una mochila negra y empezó a guardar lo primero que le parecía que podía servir: un cuaderno, una lapicera, algo de dinero, un cuchillo de cocina, una filmadora, restos de un paquete de galletitas y su teléfono celular.

Con cierto temor, se aproximaron a la puerta intentando descifrar la confusión reinante que los aguardaría al traspasarla.

El más terrible de los cuadros que podían componer en sus mentes era como una brisa ante un torbellino de gente que corría desesperada, personas que abandonaban sus autos en marcha, gritos, llantos, sirenas, grupos religiosos elevando plegarias en las esquinas, como en un aquelarre escenificado por un demente.

Mateo sentía como Laura apretaba su mano con temor, ante cada nuevo estruendo, imaginando el destino suicida de los disparos que escuchaban desde el interior de distintas casas.

Súbitamente, Mateo se dirigió a Lucas, solicitándole la filmadora:

–Por favor, Lucas, ya sé que parece inútil, pero puede que la cinta se preserve y sirva a algún ser futuro como documento sobre el final en este planeta.

Lucas accedió a su pedido y pronto Mateo comenzó a filmar, con sumo cuidado, las diversas escenas que se presentaban ante ellos.

A su alrededor sucedían hechos impensados apenas unas horas atrás. Con profundo dramatismo e incredulidad, la cámara de Mateo pudo captar: personas abandonando sus casas exclusivas, sus autos importados, padres tratando de serenar a sus hijos, peleas, un matrimonio de ancianos saltando juntos desde la ventana de un edificio, corridas y saqueos de gente que buscaba sacar ventaja de la situación.

Laura le hizo notar la cantidad de fieles que desbordaba la Iglesia del barrio, buscando

refugio o tratando de conseguir una extremaunción masiva, inclusive gente que ella conocía desde siempre como ateos acérrimos.

Agobiado por las dantescas imágenes que había grabado, Mateo dudó por un instante en borrarlas o en conservarlas. En ese momento, notó que Laura y Lucas lo arrastraban del brazo hacia una multitud que se agolpaba frente a una pantalla gigante de un negocio de electrónica. La imagen mostraba un comunicado diciendo que se esperaba el desastre para unas dos horas después, que su epicentro sería en el hemisferio norte y que no se podía confirmar si la catástrofe sería parcial o total.

Mientras tanto, en el ángulo superior derecho de la pantalla, un recuadro mostraba escenas captadas por diversas cámaras automáticas, de las que se colocan con fines de supervisar el tránsito, en distintos puntos del planeta, que captaban imágenes similares a lo que ocurría aquí.

Mateo creía reconocer calles de Estambul, Nueva York, Londres, París, Nueva Delhi, Moscú, todas sumidas en el pánico generalizado.

Lucas, instintivamente, observó su reloj, que marcaba las 22.30, lo cual lo llevó a murmurar en forma casi imperceptible:

—¡A las 0.30, aproximadamente, seremos historia!

A medida que la gente iba leyendo el mensaje, reaccionaba de distintas formas. Algunos se abrazaban esperanzados, otros arrojaban piedras hacia las pantallas y estaban quienes corrían a apoderarse de los autos abandonados, generando una confusión ingobernable.

Al ver las noticias, el instinto de periodista se apoderó de Mateo, quien comenzó a registrar con la cámara, mientras se los señalaba a Laura y Lucas, grupos de chicos marginados que, desentendiéndose de la hecatombe venidera, se dedicaban a ingresar en las confiterías más exclusivas para comer trozos de tortas y morder triples de los gustos más exquisitos. Más allá, un mendigo comprobaba las comodidades de un sommier en un chalet. Todos ellos paladeaban los nuevos placeres que el destino universal estaba poniendo a su alcance. Mateo se dejó llevar por la satisfacción de revancha, aunque fuera tardía, ante estos actos.

Al reaccionar, giró la cámara lentamente, soñando con que el documental fuera su legado, su contribución anónima y con la esperanza de que sirviera a civilizaciones futuras para no repetir errores y horrores de la humanidad. Mientras tanto, Lucas y Laura se quedaban maravillados viendo como dos hermanos conocidos del barrio se reconciliaban después de diez años de negarse mutuamente.

De pronto, a Lucas le pareció comenzar a percibir una especie de canto, una mezcla de marcha litúrgica o tribal que se aproximaba por las calles vecinas, acompañado por ruidos de palos y golpes de fierros y cadenas. Esto hizo alertar también a Mateo y Laura.

Juntos, los tres, buscaron refugio en un local que había sido abandonado por sus dueños y al cual ya no le quedaba nada de valor a la vista.

Una vez en su interior, creyéndose a salvo, trataron de ordenar el torbellino de pensamientos que asolaba sus mentes.

—La verdad es que jamás pensé presenciar cosas así —expresó Lucas.

—Yo, menos —acotó Laura, tratando de intuir qué pasaba por la cabeza de Mateo, quien parecía ausente en ese momento.

Cuando Mateo notó sobre él las miradas de sus dos compañeros, se sintió obligado a explicar qué sentía:

—Estaba pensando cómo cambia el ser humano al tener la certeza del momento de su final y qué distinto sería todo, tal vez mejor, o tal vez no, si uno supiera en su nacimiento la fecha y hora exacta de su muerte...

Laura y Lucas asintieron, tratando de seguir el hilo del análisis de Mateo.

—Quizá, uno podría planear su vida de otra forma, aprovecharla de otro modo, sacarle todo el jugo...

Mientras Mateo finalizaba la frase, un grupo de gente irrumpió en el local, blandiendo palos y partes de cañería como armas. Algunos de ellos todavía estaban vestidos con sus caros trajes

de oficina, otros con ropa desgastada. Nada los diferenciaba ahora.

Inmediatamente, Lucas tanteó el cuchillo que guardaba en la mochila.

El que parecía liderar el grupo, abriendo los brazos bajo una túnica transparente, les ordenó:

–Recuerden, mis súbditos, que la Nave nos salvará del desastre justo a tiempo, así que acumulen todo lo que puedan llevarse a Felicidadonia, porque solo los elegidos podrán comprar su salvación.

Laura y Mateo no pudieron reprimir una risa nerviosa al escuchar esa proclama, pero rápidamente Lucas, con el cuchillo escondido tras su espalda, les hizo una señal de cuidado.

Cuando los extraños notaron que ellos no eran competidores de saqueo y que en el local no había nada más que ruinas, partieron raudos hacia el hipermercado que se encontraba enfrente.

Una vez seguro de que se habían ido, Lucas se dedicó a explorar el fondo del local en busca de algo más convincente como defensa que su cuchillo de cocina, por si se producía otra amenaza.

De pronto se escucho un fuerte llanto que venía de la calle. Inmediatamente, Laura, que se encontraba de frente a lo que alguna vez había sido una vidriera, exclamó:

–Es un nene ..., pasó corriendo, parecía solo –mientras se incorporaba con rapidez.

–¡Vamos, tenemos que alcanzarlo! –dijo Mateo, a la vez que seguía a Laura en su carrera.

Apenas media cuadra más adelante, Laura y Mateo alcanzaron al niño, que no podía dejar de llorar.

–¡Contame!, ¿Qué te pasa? ¿Dónde están tus papis? –preguntaba Laura, mientras trataba de serenar al niño.

Mateo observó que el chico estiraba su brazo, señalando con el dedo índice en dirección de la esquina.

–¡Laura, ahí! –gritó Mateo, al tiempo que corría hacia un hombre que, en la esquina, se agachaba a quitarle el arma al cadáver de un policía.

Rápidamente, el hombre dirigió el arma a su propia sien, justo en el instante en que Mateo se abalanzó sobre él. Ambos rodaron por la vereda, mientras Mateo luchaba por quitarle el arma y Laura dudaba entre socorrer a Mateo o quedarse abrazada al niño para que no viera esa horrible escena, hasta que resonó un disparo en la confusión y el arma resbaló de la mano del hombre para caer en una alcantarilla abierta.

Fue un instante apenas de silencio que a todos les pareció eterno.

Cuando Laura reaccionó, se acercó con rapidez, temiendo hallar lo peor, pero, para su sorpresa, pudo escuchar a Mateo que, mientras lo inmovilizaba con su rodilla, le susurraba al hombre tendido en el suelo:

–Viejo, yo sé que la situación es desesperante, pero no podés hacer esta locura, tenés un hijo y es tu deber cuidar de él hasta el último instante. Aparte, este desastre no va a arruinar la fortuna que es ser padre, como para que lo quieras desperdiciar así –con la voz quebrada, sin notar la presencia cercana de Laura, Mateo continuó– ¿Vos sabés lo que yo daría por tener un hijo con la mujer que amo?

En ese momento el niño se abrazó con fuerza a su padre, ayudándolo a incorporarse. Mientras lloraba y reía a la vez, el hombre le aseguró:

–Perdoname, perdoname, por favor. Vamos a estar juntos pase lo que pase –mientras aferraba con fuerza a su hijo en un abrazo interminable, cruzó su mirada con la de Mateo y le expresó:

–¡Gracias! No sé cómo agradecerle, evitó que hiciera una locura...

Mateo respondió con un ademán humilde y sintió los brazos de Laura que lo rodeaban mientras le decía:

–¡Estoy muy orgullosa de vos, la verdad..., estuviste muy bien! ... además lo que dijiste ..., eh, no sé, me llegó muy profundo, ..., me di cuenta que yo, eh.... –balbuceaba Laura, haciendo un esfuerzo por encontrar las palabras adecuadas.

En ese momento, las miradas de ambos se cruzaron, tornando invisible a toda la gente que pasaba corriendo, haciendo insignificantes todas las sirenas y alarmas que sonaban, escondiendo al mundo que se desmoronaba bajo la proximidad del roce de sus labios. Entonces, pudieron reconocer la voz de Lucas, que los buscaba desde la vereda de enfrente:

–¡Laura, Mateo! ¡Laura, Mateo! –gritaba Lucas con desesperación, mirando para todos lados.

–Pero, loco, ¿dónde te metiste? –preguntó Mateo sorprendido, mientras se acercaba con Laura a abrazarlo.

–No sé, no sé, estaba saliendo del local, cuando pasó un colectivo a toda velocidad repleto de gente, –contaba agitado Lucas– ¡casi me pasa por encima en la vereda!

Trataron de tranquilizarlo, pero Lucas continuó:

–Yo los estaba buscando... porque ya queda muy poco tiempo y prefería que volvámos a casa, pongamos algún tema copado y... no sé –Lucas trataba de esquivar con sus palabras el momento que se avecinaba.

–Lucas tiene razón, Mateo –asintió Laura, con los ojos nublados por las lágrimas que pugnaban por asomar pese a su fortaleza– quedan unos diez minutos y, la verdad, prefiero que mi visión se quede con la imagen de nosotros en casa, donde tantas cosas lindas pasamos.

–Listo, entonces, no perdamos más tiempo, –exclamó Mateo– ¡Vamos, che, qué estamos vivos todavía!

Caminaron con prisa las cuadras que los separaban de la casa, esquivando a la anárquica muchedumbre que invadía las calles o se agolpaba frente a la pantalla que indicaba los minutos que restaban para el desastre.

Al llegar a la casa, ingresaron rápidamente y Mateo corrió al portalápices del comedor para escribir una nota, mientras decía:

–Vamos a poner la cinta de la filmadora en un lugar bien visible de la casa, para que en lo posible sea fácil de encontrar, pero antes le voy a escribir un mensaje:

“Seres del futuro: Si ustedes están leyendo esta nota, es porque sobrevivieron a la catástrofe que extinguió a la humanidad. Esperamos que no repitan los horrores de nuestra civilización que fue, en forma progresiva, resignándose a la injusticia, el hambre y el dolor del prójimo, sepultando valores humanos e ideales como la solidaridad, la justicia y la igualdad. Como muestra de este final apocalíptico y tal vez merecido, les dejamos esta cinta que deseamos les sirva para conformar una civilización de seres libres y justos.

¡Hasta la victoria, siempre!”

Acto seguido, bajo las atentas miradas de Lucas y Laura, que asentían en silencio, Mateo colocó el mensaje encima de la cinta filmada.

Poco a poco, las luces fueron reduciendo su intensidad y a Mateo le pareció sentir que su pulso disminuía segundo a segundo. Intentó enhebrar una frase coherente o tratar de interrogar a los demás sobre si experimentaban las mismas sensaciones, pero era inútil, también su energía se iba diluyendo. Aunque en su mente deseaba gritar con todas sus fuerzas, todo lo que podía escuchar era silencio absoluto.

Por un momento pudo observarse a sí mismo, cada vez más distante, y llegar a adivinar, entre las penumbras crecientes, a su cuerpo junto al de Laura.

FIN

Postfacio:

Siempre medité acerca de qué tan distinto podría ser nuestro comportamiento si supiéramos la fecha exacta de nuestra muerte. También me resultaba tentadora la idea de imaginar mi barrio de la infancia, habitualmente tan anónimo, involucrado como escenario del fin del mundo. Este fue mi primer cuento “en serio” y fue escrito a fines de Febrero de 2003 en distintas

computadoras. En su versión original tenía un final diferente y mayor contenido local, pero, finalmente, me convenció tal como quedó el definitivo. Es una historia donde aparece el amor, con distintos disfraces, y me parece ideal para leer “de un tirón” con un buen rock “épico” de fondo, por ejemplo “Senderos de traición” de los Héroes del Silencio.